

## VI DOMINGO DE PASCUA "C"

25 y 26 de Mayo de 2019

En la Misa, después de la Oración del Señor, y antes de la Partición del Pan en preparación para la Santa Comunión, viene la oración por la Paz. En él escuchamos las palabras de promesa de Jesús en el Evangelio de hoy: **«Les dejo la paz, les doy mi paz, pero no como la da el mundo.»** (Jn. 14:27). Exactamente, ¿qué es esta “paz” que Jesús promete en el Evangelio de hoy y que se renueva en cada misa?

Jesús responde a esta pregunta afirmando que su "paz" no es una que está de acuerdo con las normas y prácticas de este mundo. Dicha paz generalmente se establece después de un conflicto — por una interacción militar, económica, política o personal, y que después de una de las partes haya sido sometida a sumisión, y el vencedor impone su voluntad a la persona o las personas que han sido sometidas. Tal "paz" siembra semillas de resentimiento y venganza por la parte que fue subyugada y que resulta en años, o décadas de conspiración contra la otra parte para "igualar el maltrato". O, a veces, las parte en conflicto, entre ellos, simplemente acuerdan de cesar las hostilidades forjando un precario armisticio. Si bien las hostilidades ya han cesado, siguen habiendo sospechas y desconfianza entre ellos con la amenaza de nuevas hostilidades en cualquier momento. No esta no es la paz que Jesús ofrece.

La paz que ofrece Jesús no es una que ha sido impuesta por un "ganador" (Dios) a un "perdedor" (la humanidad pecadora o yo mismo como pecador) en que Dios está dictando los términos para mantener una relación no conflictiva. No es tampoco alguna forma de armisticio, en que Dios y nosotros nos miramos fijamente en una precaria prueba de voluntades.

La paz que Jesús ofrece es una invitación a una relación con él en su amor por su Padre, el amor recíproco del Padre por Él, un amor que es en sí mismo personal y divino, el Espíritu Santo, tal como Jesús nos lo dice en el Evangelio de hoy. Jesús nos dice también que si elegimos tal relación, obtendremos una entrada a través de él en la intimidad de la vida interior de Dios: **«El que me ama será fiel a mi palabra, y mi Padre lo amará; iremos a él y habitaremos en él.»** (Jn. 14:23) Este amor, esta *paz*, esta relación, esta morada en Dios es una en que ningún poder en el cielo o en la tierra puede quitárnosla a nosotros como nos lo dice San Pablo en el octavo capítulo de su Carta a los romanos cuando afirma que nada puede separarnos del amor de Dios que es nuestro en Cristo Jesús, nuestro Señor. (Rm. 8: 29-39).

Especialmente importante para nosotros es el contexto en el cual Jesús habla y ofrece el regalo de paz de Dios para nosotros. El escenario es la última cena. Adelante de Jesús yace su

lucha por mantenerse fiel a su misión y la voluntad del Padre a través de su agonía en el jardín de Getsemaní; su detención, su juicio, su sufrimiento físico y psicológico; el camino de la cruz, la crucifixión, el abandono y la muerte. A través de todo esto, Jesús mantiene firme su relación con el Padre, esta misma **paz** que él ofrece a sus discípulos y a nosotros, ya que nosotros también enfrentamos las tentaciones, pruebas, sufrimientos y cruces de nuestras vidas. El don de **paz** de Jesús no garantiza una vida sin conflictos o juicios, pero es la promesa de la fidelidad de Dios para nosotros en todo momento, en cualquier circunstancia, y que no estamos solos; que Dios no nos abandona, aún cuando no podamos sentir emocionalmente la presencia divina, y que al final como Jesús, nosotros últimamente triunfaremos en Dios, y que la vida es más fuerte que el poder de la muerte. Esto es lo que la propia resurrección de Jesús proclama. Fue en vivir en esta **paz** en que Nelson y Winnie Mandella recibieron la fuerza para soportar y, en última instancia, llevar a cabo sin violencia el término del racista apartheid en Sudáfrica; también el Dr. Martin Luther King Jr. recibió la fuerza y el coraje para soportar el odio, la violencia y la oposición en su abogacía por la igualdad racial aquí en nuestro país, y más tarde en su ministerio de oposición a la guerra de Vietnam; esto también le dio coraje a la Venerable Dorothy Day cuando se enfrentó a menudo con una respuesta sorda y la oposición de algunos obispos de la iglesia en nuestro país por su llamada a ellos, como líderes, se unieran al cuerpo de las enseñanzas sociales de la Iglesia en nombre de los pobres y los marginados.

Este es el regalo de la paz que Jesús nos ofrece hoy día, así como nosotros vivimos y le damos testimonio a él de nuestro tiempo y lugar. Como la Santa Madre Teresa de Calcuta lo dice mejor: *“¿Conoces realmente a Jesús vivo— no el de los libros, sino de estar con Él en tu corazón? ¿Has oído la palabra viva que te habla? ... Pide por la gracia. Él está deseando de dártelo a tí. Nunca abandones el diario contacto íntimo con Jesús como una verdadera persona viva— no es solo como una idea— Él te ama, aún más—Él te anhela”*.

***¡La paz sea con contigo!***

Padre Jim Secora